



Mi primer gran viaje: La India. Por Rosa

M^a Forns

En agosto de 1978, por fin iba a cumplir uno de mis sueños de estudiante. Con mi flamante pasaporte recién estrenado en la cartera, me dirigía a la India, en un viaje organizado, para conocer el mausoleo construido en mármol por Sha Jahan en memoria de su querida esposa Mumtaz Mahal, fallecida al dar a luz. Nuestro pequeño grupo se componía, además, de una compañera de trabajo y una amiga de ésta.

Tras un larguísimo viaje lleno de incidentes que nos metieron de lleno en la aventura, llegamos al aeropuerto de Delhi en una soleada mañana, en plena época de monzones. Apenas dejamos las maletas en el hotel, de estilo colonial y 5 estrellas, nos sirvieron una deliciosa "tortilla española", con las patatas fritas como guarnición, y otras comidas hindúes, picantes e indigeribles en aquel ambiente de calor, además de deliciosas frutas. Un pianista tocaba canciones conocidas en un rincón del comedor.

A primera hora de la tarde el cielo estaba completamente cubierto y la humedad era del 90%. De pronto comenzó a llover a mares, como después he visto llover sólo en otros países tropicales.

Después de comer salimos a conocer una ciudad llena de contrastes, donde preciosos palacios y edificios de estilo inglés chocaban con la pobreza extrema que se percibía en las calles, donde las gentes andaban con una hamaca plegada y una cazuela colgadas del hombro. Se notaba que aquel era todo su patrimonio, ya que por las mañanas se les veía descansando en las aceras y recogiendo agua para lavarse, o incluso beber, de los charcos que se habían formado por la lluvia del día anterior. Y todo esto en medio de un tráfico caótico, en el que los coches circulaban en dirección contraria a nuestra costumbre, sorteando vacas sagradas que descansaban tranquilamente en mitad de la calle.

En los días que estuvimos allí visitamos el Fuerte Rojo, la tumba de Gandhi, la Mezquita y otros muchos parques y edificios interesantes y aprendimos el arte del regateo cuando compramos o cambiamos montones de

cosas exóticas, que en ocasiones conseguíamos por un lápiz de labios, un pantalón vaquero o un bolígrafo. Al bajar del autocar nos abordaban decenas de niños famélicos que nos pedían una moneda o una golosina, que a veces temíamos darles porque teníamos la impresión de que el brazo, extremadamente delgado, podría partírseles por el peso de la limosna.

Cuando fuimos a Agra, a conocer por fin el Taj Mahal, recorrimos los apenas 180 Kms. que separan la ciudad de Delhi en más de 5 horas, contemplando la India rural llena de (a mis ojos) curiosos personajes, pastores de búfalos, encantadores de serpientes, domadores de osos. Tuvimos que esperar minutos y minutos hasta que las vacas paradas en la carretera tenían a bien darnos paso, sin que nadie se atreviera a pitarles para que se apartaran....

Realmente, el Taj Mahal, sus jardines, sus incrustaciones en mármol, sus dimensiones, son impresionantes, como impresionantes son las diferencias sociales, el calor agobiante, la forma plácida y conformista de afrontar sus problemas de la mayor parte de los hindúes, la enorme distancia que hay entre nuestra forma de vida, cómoda y fácil, aún cuando tengamos exceso de trabajo, y su lucha por los derechos más elementales de las personas que nos saludaban con una sonrisa y nos ofrecían una flor o una moneda sin otro valor que el de su amistad y su cariño.

En mi viaje a la India encontré algo muy diferente a lo que esperaba. Entendí que disfrutaba de una casa más o menos modesta, de la seguridad de un trabajo que me permitía comer a diario y hacer largos viajes en mi tiempo de descanso, de la facilidad de beber agua limpia de una fuente fresca y de poder ducharme todos los días, de cambiar un bolígrafo que me habían regalado en la oficina por una blusa de seda pintada a mano...

Este viaje abrió mi mente para entender que el conocimiento de otras culturas nos enriquece de una forma increíble y originó un deseo de viajar que he procurado cumplir siempre que me ha sido posible.

